

# numero

QUINCE

Buenos Aires

SI, SI; NO, NO

Marzo de 1931

20 CTS.

## UN LIBRO sobre León Bloy

Un libro acaba de aparecer sobre León Bloy que nos evoca nuevamente la figura del "peregrino del absoluto", del "gran desconocido" como él mismo se complacía en llamar a Ernest Hello. Es el libro de un verdadero amigo de Bloy, de una de esas almas extraviadas y hambrientas de eternidad que ha rescatado de las tinieblas la violencia irresistible de este escritor prodigioso. Hubert Colleye es el nombre del autor y el título del libro: *L'âme de León Bloy*. Es imposible leer sin emoción las preciosas informaciones que en ella se nos da de un período, oscuro hasta ahora, de la vida de Bloy: aquel que se extiende desde su juventud hasta el comienzo de su diario y la aparición de "Le Desespéré". Faltaba ese eslabón para tener una visión completa de su vida. Con el libro de Colleye su figura se agiganta y se alcanza a ver aun mejor el carácter verdaderamente único y sobrenatural de su destino.

El aspecto esencial que ilumina esta obra sobre Bloy es la extraordinaria vocación al sufrimiento que lo animó desde su niñez y que refiere de este modo en una carta a Rollinat: "Cuando lo escuché por primera vez sentí una emoción que en vano traté de describir y cuya exacta traducción literaria sería quizás ridícula a fuerza de inverosimilitud. Yo, el melancólico de nacimiento, el melancólico en la cuna que, según el testimonio de mi madre, no he lanzado jamás uno solo de esos gritos con que los pequeños llenan la casa y que encontraban después de largas horas, en un rincón sombrío, bañado de lágrimas silenciosas cuya causa se ignoraba, yo que he atravesado toda la infancia en la bruma de esas mismas lágrimas, huyendo los juegos de los condiscípulos cuyo tumulto me daba angustia de muerte, ávido de soledad, indiferente a toda emulación, abatido por los golpes, pidiendo desde ya la muerte como un prisionero pide un poco de luz azul y soñando en el caos de mi pequeña inteligencia con la posesión de todos los universos, — yo, niño cuya adolescencia fué tan terriblemente dolorosa que me conmuevo de piedad sobre mí mismo cada vez que la recuerdo, yo me sentí súbitamente poseído por el sentimiento inefable de una fraternidad psicológica cuyo primer movimiento me inducía a quererlo con todas las fuerzas de mi corazón".

En una entrega absoluta al objeto de su libro, desapareciendo con frecuencia ante la copiosa documentación, Hubert Colleye nos hace palpar esa vocación misteriosa de León Bloy, en su rebeldía juvenil contra la familia, contra los estudios, los oficios y todas las posiciones en

fin que la sociedad moderna reserva a quienes saben resignarse a su incurable mediocridad. Ansioso y angustiado, alejado de la fe cristiana, incapaz de encontrar en el mundo un objeto adecuado a las aspiraciones aun vagas de su alma, León Bloy padecía de su alejamiento del principio esencial, del Verbo divino de El cual, por El cual y en El cual son todas las cosas. Cuando la gracia movió su corazón fué como un incendio en esa alma de violento. Había encontrado al fin el objeto digno de su amor y su vida terrible de solitario, sus sufrimientos espantosos, su absoluta inadaptación al mundo, y su miseria adquirirían una plenitud de sentido prodigioso. León Bloy comenzó a penetrar la significación profunda de los Evangelios y a vivirla. Quería la restauración de todas las cosas en Jesucristo; y la quería en una forma absoluta y violenta. Ansioso de la visión de la gloria de Dios, la increíble bajeza del mundo que lo rodeaba hería tan cruelmente su profunda caridad que sus insultos y diatribas eran como la explosión de sus gemidos.

Este libro nos muestra cómo toda la larga vida de León Bloy ha sido una sucesión jamás interrumpida de sufrimientos, de miserias, de fracasos y traiciones.

## SUMARIO

NÚMERO: Silencio. — MARIO PINTO: Un libro sobre León Bloy. — DIMAS ANTUÑA: Fiestas de la Cruz. — CÉSAR E. PICO: Intuición. — LA VOZ DEL PADRE. — VÍCTOR DELHEZ: Crítica a la crítica. — IGNACIO B. ANZOÁTEGUI: Laberinto. — JACOBO FIJMAN: Poema XXXVI. — JUAN ANTONIO: Otoño (xilografía). — Dibujos de BALLES-TER PEÑA y HÉCTOR BASALDÚA.



Dios ha querido ofrecer sin duda en él un espectáculo de dolor que recordara al mundo el misterio de la cruz. "Mendigo sentado en el umbral de la iglesia — dice Maritain — mostrando a los transeuntes sus llagas sangrantes, los llama así hacia la casa de la verdad y luego los conduce hasta el altar del Dios vivo".

Este libro es una valiosa introducción a Bloy porque bajo las contingencias de su vida descubre lo que tiene de absoluta su misión: señalar la incompatibilidad del cristianismo con el mundo, mostrar la verdad cristiana en todo su esplendor, con todas sus terribles exigencias y su belleza sobrenatural. Ante él se desvanece esa fama de panfletista cruel e intolerante que se le hizo a Bloy. Nos presenta por el contrario a un hombre dispuesto siempre a entregar los tesoros de su alma y ansioso de compartir las riquezas divinas de que era poseedor; a ese hombre que otro gran amigo, rescatado también por él de las tinieblas, Jacques Maritain, nos describe de este modo insuperable en "Quelques pages sur León Bloy":

"Almas de poetas o de profetas las almas designadas para hablar en nombre de un gran número de muertos o de dolientes, no están libres de recusar su mandato. El "mendigo ingrato" debía dar una voz a las impacencias y a la agonía de una multitud de pobres y de olvidados que golpeaban la puerta de su corazón. Su terrible ironía debía denunciar la bajeza del mundo orgulloso que los aplastaba. El Señor ha gritado ocho veces "maldición" contra los Escribas y los Fariseos hipócritas. Cada uno de nosotros, en la miseria de esta vida terrestre, lleva en sí la semejanza de uno de los múltiples aspectos de la simple y única Verdad. En un mundo en donde el hombre lo ha llenado todo y en donde la admiración de sí mismo, el decoro, las "conveniencias" y el cuidado de conformarse al siglo presente parecen el cuidado principal de muchos hijos de la luz, la misión de Bloy era hacerse eco de los improperios del Evangelio, de la exultación vengadora del Maginificat, y rendir testimonio a Dios no teniendo en cuenta nada que no fuera sólo Dios, abriendo así los ojos a muchos extraviados que creían locamente que la Iglesia del Cristo se ocupa más de asegurar las posesiones de los ricos que el consuelo de los pobres. ¡Ah! Era necesaria una voz que clamara sin desfallecimientos la verdad divina; sin vacilaciones, sin atenuar ni disimular nada, con un grito tan agudo como para rasgar todos los velos en que los hombres se envuelven. Para cumplir semejante misión sin perder la medida, así como para llegar al pleno equilibrio interior de los dones contrastantes que se chocaban en él, no nos engañemos y él mismo lo sabía bien, se hubiese requerido estrictamente la santidad, la heroica armadura de todas las virtudes. Al menos él la deseó con locura. "Hace más de

treinta años que deseo la dicha única: la Santidad. El resultado me produce miedo y vergüenza. Me queda haber llorado, ha dicho Musset. Yo no tengo otro tesoro. Pero he llorado tanto que soy rico de este modo. Cuando se muere es eso lo que se lleva: las lágrimas que se han vertido y las lágrimas que se han hecho verter, capital de beatitud o de espanto. Sobre esas lágrimas seremos juzgados porque el Espíritu de Dios flota siempre "sobre las aguas"...

"Con los ojos del alma vuelvo a ver su última comunión hecha con humildísimo amor, hace siete años, el día de Todos los Santos, en su pobre habitación de enfermo, mientras a lo lejos sonaban las campanas de la misa mayor y en toda la tierra la Iglesia cantaba el evangelio de las bienaventuranzas. Tres días después moría apaciblemente. Más allá, en el pasado, lo vuelvo a ver por la noche, rodeado de los suyos, recitando el rosario de rodillas sobre la tierra, lentamente, con esa voz baja y tan clara, con tanta simplicidad y tanto amor, imagen inolvidable de fe y de humildad; lo veo en el crepúsculo de la mañana, en esa hora en que el corazón "no manchado aún por los sucios prestigios de la luz se lanza hacia los tabernáculos tranquilos" — dirigiéndose con su paso lento y fatigado a la primera misa, como lo hacía todos los días. Vivía de la santa Escritura, recitaba todas las noches el oficio de Difuntos.

"Recuerdo la dulzura y la ternura de este hombre terrible, la maravillosa hospitalidad de estos pobres en cuya casa las alas del milagro parecían batir sin ruido. Sí, todo eso reaparece ante mis ojos. Tan-



León Bloy

to imprevisto, tanta desenvoltura, y simplicidad tan verdaderamente cristiana; tanta inocencia y serenidad fundamentales con puerilidades a veces y obstinaciones invencibles; ¡y qué desprendimientos!, ¡y qué angustias! Una fe sólida y poderosa, una confianza absoluta en la Providencia, un continuo refugio en María.

"Leon Bloy ha tenido muchos "viejos" amigos. Ha tenido también muchos amigos fieles, de los cuales, algunos deben a sus plegarias y a sus lágrimas su acceso a la verdad divina. Estos están y estarán

siempre dispuestos a rendirle testimonio. Aquellos que han conocido y amado a Bloy y que lo han visto sufrir, aquellos que lo han visto orar y morir conocen la profundidad de su vida sobrenatural, de su humildad, de su piedad, de su generosidad, de su amor a Dios. "Señor, lloro muy a menudo, decía. ¿Es de tristeza, pensando en lo que sufrí? ¿Es de júbilo acordándome de Vos? Ellos saben que su violencia era la faz inversa de una caridad azotada por qué tempestades! y qué no resistía más.

"Comprendo muy bien que para ciertos espíritus a quienes el vértigo de los abismos, altos o profundos, les ha sido ahorrado, el caso de León Bloy les resulte muy oscuro. Pero no puedo dejar de decirlo aún, hay almas moribundas que buscan la belleza en las tinieblas y para quienes una apologética más tranquila no tendría eficacia. La pura teología no obraría tampoco sobre ellas porque su razón está demasiado debilitada por el error; ellas se imaginan que la obediencia de la fe es incompatible con las audacias de la inteligencia, o con los juegos y las franquezas del arte y la belleza; en fin, la mediocridad de un gran número de cristianos los espanta. Bloy clamando su disgusto de toda tibieza, gritando sobre los techos su sed de lo absoluto, haciendo ver y tocar el esplendor de la Fe, inspira a estos hambrientos el presentimiento de la gloria de Dios. Pero nada actuaría en definitiva, sin el secreto de este mendigo magnífico y vociferador, quiero decir, sin su caridad; es su amor de Dios y de las almas lo que arrastra todo".

Mario Pinto

## FIESTAS DE LA CRUZ

Del Catecismo del P. Astete: Introducción de la Doctrina Cristiana:

Todo fiel cristiano es muy obligado a tener devoción de todo corazón con la santa Cruz de Cristo, nuestra luz...

Bautismo, corazón puro, el niño entendía: *Cristo nuestra luz*. Ahora, después de tantos pecados, hemos aprendido que la santa Cruz de Cristo es nuestra luz. Educación, religión, estudios, todo es útil o inútil: quien anda sin cruz anda en tinieblas.

—¿Por qué se prefiere un día a otro día, y una luz a otra luz, siendo un mismo sol?... Esta pregunta es del Eclesiástico.

"Los cielos mueven el puente de los días" La liturgia se enlaza a la corona del año. Las fiestas de la Cruz son dos: la Cruz de Mayo y la Cruz de Septiembre, y, cosa del corazón, si halla otras.

A san Andeolo, en Francia, después de azotarlo con espinas, le abrieron la cabeza en cuatro partes a modo de cruz. ¡Excelente manera de imprimir bien en la cabeza una noción difícil! Este mártir consuma su martirio el día 1º de Mayo. El día 1º de Mayo es una fiesta de la Cruz.

También es fiesta de la Cruz la de san Pedro. Y, nueva fiesta, el día siguiente, porque a fin de vivir para Dios, Pablo es-

tá enclavado en Cruz juntamente con Cristo. Fiesta de la Cruz es la de los Dolores, el día 15 de Septiembre. Fiesta de la Cruz nos ofrece el Pobrecillo en el Alvernia, el 17. Fiesta de la Cruz celebramos en Octubre, en la Solemnidad del Rey que reina por el leño. Fiesta de la Cruz en el Carmelo es el 24 de Noviembre. Fiesta grande de la Cruz es la de San Andrés. Fiesta de la Cruz, finalmente, (pero invisible) es el día de la Inmaculada.

La cruz del Señor es una T, la de san Pedro un ancla. La cruz de san Andrés es una X —cruces que tienen que ver con la tierra.

La cruz de san Pablo es invisible, como su espíritu, como su palabra. La cruz de san Francisco es interior, como su amor, y florece en las llagas. La cruz de san Juan de la Cruz le crucifica las potencias del alma. Este Juan es de la Cruz sustantivamente. Como decimos "Santificado sea tu Nombre", de este santo podemos decir que su Nombre fué crucificado.

La cruz de san Andeolo es signo de la Cruz. Tiene su fuerza, su eficacia. Acierto del verdugo: —Andeole, accipe signum crucis!, y luego el bautismo de sangre.

La Cruz y la Virgen no pueden separarse. El "stabat Mater juxta crucem" es la manifestación visible de la relación necesaria, ab eterno, que existe entre la Cruz y la Virgen. Como tomó Dios de Adán una costilla y la formó en mujer, tomó la cruz



de su Hijo y formó la Inmaculada. Misterio adorable, Jehová pudo crear por la Cruz un mundo nuevo dentro del mundo caído.

La Cruz, la tierra.

Jesús alzado de la tierra en una cruz como las otras, de suplicio de esclavo, atrae a sí todas las cosas. Pedro, crucificado, atrae a sí también todas las cosas, pero como pidió la cruz de cabeza no atrae las cosas de la tierra sino las del cielo.

La misericordia, la verdad, los caminos de Dios, el soplo vagabundo del Espíritu, lo que dan los Salmos como afluencia de bienes, lo que dicen los santos, fecundidad de las riquezas de Dios, es atraído al Vaticano por la cruz de Pedro, para el mundo.

Y como la tierra es extensa y ancha y la caridad nos apura, Andrés, el primer llamado, corre a una cruz que pasa. Crucifican a Andrés sobre la cruz a cuestras de Jesús Nazareno. No está sobre una montaña, no atrae el cielo a un jardín.

La cruz del Señor es una T, la de san Pedro un ancla; la cruz de san Andrés es una cruz en marcha: tres cruces, no, tres posiciones de la sola Cruz que tiran del cielo y de la tierra.

Trabajados por la Cruz el cielo y la tierra conciertan un orden: el Globo. El globo coronado por la Cruz, es decir, dos cosas claras, geométricas, duras, completas cada una en sí misma — convenientes o incompatibles.

La Cruz no domina con imperio, atrae. El orden cristiano no contrista el Espíritu, es vivificador. Mientras el Sacerdote y el Imperio disputan de la esfera y la Cruz, los pueblos (Quare fremuerunt gen-

tes?... ) concluyen: Ni la Cruz, ni la esfera.

Perece un símbolo enorme. El Globo de Carlomagno se vuelve esfera geográfica y la Cruz queda de nuevo, sobre la tierra extensa, como un árbol.

Un árbol tiene su atmósfera, sus flores, su fruto. Protege, da sombra. Puede ser árbol de vida, o de ciencia, o de muerte. Este árbol de la Cruz es un árbol desnudo.

Está desnudo en Junio cuando, en la pura quietud del invierno, los árboles desnudos se dibujan en la claridad vigorosa del aire. La palabra de Pablo a las naciones es palabra de cruz; Pablo es el aire vivo que entrega este árbol en Junio con una nitidez implacable.

Sí, la Cruz es un árbol. Su rocío de primavera forma gotas de llanto en los ojos llorosos de María. Es un árbol duro, sin hojas, un árbol para pobres. Los pobres se le acercan y le roban las flores. Esperad al Mendigo que baja del Alvernia en Septiembre, y, si os dijere: —*Del campo soy, Adán es mi dechado desde mi adolescencia*, forzadle a abrir las manos. Porque la Cruz es un árbol y florece en Septiembre como los otros árboles.

La Cruz, el hombre.

—¿Qué pides a la Iglesia de Dios? —La fe. —¿Qué te dará la fe? —La vida eterna. —¡Oh, hombre, la fe te dará la vida eterna, pero ¿qué te dará en esta vida que pasa, la Iglesia?... —N., accipe signum crucis.

Sellada está, Señor, sobre nosotros, la lumbre de tu rostro. Como plata sellada la semejanza está sellada en nosotros con el signo de la Cruz, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Entre Dios que es espíritu y el espíritu soplado en el hombre está el cuerpo del hombre sellado por la cruz. Al que erraba lejos, en regione dissimilitudinis, al que disipó el espíritu y obscureció la semejanza, la Cruz, que atrae el espíritu, le sella con claridad la semejanza. Transparencia del bautismo de agua.

Bautismo de agua, bautismo de sangre: el bautismo de sangre verifica el de agua. A san Andeolo, en Francia, después de azotarlo con espinas (¿podía ser digno Adán de la corona de espinas?), le abrieron la cabeza en cuatro partes, a modo de cruz. Acierto brutal, satánico: —Andeole, accipe signum crucis! El santo consume su martirio, la Cruz entra en el hombre.

Y como suelen salir del interior del hombre pensamientos malos, adulterios, fornicaciones, homicidios, hurtos o avaricias, del interior de Pablo sale el *verbum crucis*. Y como suele llevar señales en su cuerpo el que se allega a la carne, el que se une al Espíritu lleva luego como el Apóstol en su cuerpo las señales de la Pasión de Cristo, o, como el Pobrecillo, las cinco llagas.

Pero más hondo que Andeolo, y más íntimamente que en Pablo, y más dolorosamente que en el Pobrecillo (como niños balbuceamos), porque cuando la malicia muestra más su cara invisible más descubre el Señor los tesoros de su Sabiduría y Espíritu, san Juan, que no se llama en vano de la Cruz, hace del gran silencio del Carmelo una crucifixión transformante de las potencias del alma.

Del martirio inflingido a san Andeolo en forma de Cruz, con una espada de madera (como juego de niños), a la llama de amor que crucifica a Juan, el hombre, todo el hombre, todo el barro miserable,

conoce y entra a la cruz más íntimamente que a Eva.

El que no odia a su padre y a su madre no es digno de ser discípulo. El hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a la Cruz, y, como la mujer y el hombre son dos en una sola carne, el alma y la cruz de Cristo serán dos en un solo espíritu de gracia y de oración.

No tuvo razón Magdalena cuando salió al rayar el alba. ¿Por qué buscar entre los muertos al que vive? Elena sí tuvo razón: la Cruz del Resucitado no se levantó con él de entre los muertos.

La fiesta de la Cruz de Mayo es eso: la Cruz de Cristo encontrada milagrosamente entre los escombros de Jerusalem, y un muerto que, a su contacto, resucita. La Cruz de Septiembre es diferente: es el Magnificat (¿podía no cantarlo esta esclava?) y un poderoso depuesto en cumplimiento de lo que profetiza el Magnificat.

Heraclio buscaba la gloria de Dios cubierto de oro, de gemas. Quería agregar a la soberbia de la vida la verdadera Cruz de Cristo, — ¡qué penacho! Pero fué detenido.

Descubrir la verdadera cruz de Cristo es levantarse de la muerte; exaltarla es despojarnos. ¿Por qué se prefiere un día a otro día, y una luz a otra luz, siendo un mismo sol? Somos hijos de Lía, por nuestros ojos débiles.

Las fiestas de la Cruz son dos: la Cruz de Mayo y la Cruz de Septiembre, y, aunque el corazón halla otras, las dos fiestas dan revelación de doctrina para los días comunes. Las dos solemnidades cantan el *Vexilla Regis* a su hora, con triunfo de grande voz. Cosa nuestra, de los días comunes, es seguir en silencio, cada día, esas banderas del Rey. *Vexilla Regis prodeunt...*

Dimas Antuña.



## SILENCIO

*A cada parte del hombre — cuerpo, alma y espíritu — corresponde un silencio.*

*El silencio del cuerpo va desde la mudez hasta el silencio sacramental de los monjes. Es símbolo operante como la pobreza exterior o la virginidad.*

*El alma da cabida a otro silencio de orden ascético: abstinencia o templanza de palabras mentales, quietud para alcanzar el conocimiento que supera al discurso y pasar de la meditación.*

*El silencio del espíritu es gratuito y perfecto. Está en el hombre, pero no está al modo del hombre.*

*El silencio del cuerpo divide a los hombres entre sí. El del alma divide al hombre dentro de sí. Pero el silencio del espíritu pertenece a la vía unitiva.*

NUMERO

## INTUICION

No deja de constituir uno de los signos más elocuentes de la decadencia intelectual moderna la confusión que existe, dentro de las más diversas escuelas filosóficas, acerca de la naturaleza de la intuición. El problema de la intuición es sin duda el más arduo y difícil de la filosofía del conocimiento y ello se explica si consideramos la filosofía como una disciplina propedéutica, como una puerta de acceso a la verdadera sabiduría. La intuición trascendente, en efecto, se identifica con el fin del hombre y todas las demás especies de intuiciones son simplemente reflejos simbólicos, verdaderos analogados, en una escala progresiva, de la visión *facie ad faciem*. De ahí los balbuceos filosóficos, las confusiones provocadas por un término final de realización metafísica — en el pleno sentido de esta palabra — presentado oscuramente, confirmado por la tradición sagrada, pero cuya comprensión verdadera implica un estado espiritual bien distante de nuestra naturaleza caída. Si a las dificultades propias del problema se añade todavía el caos espiritual provocado por nuestra civilización empírica y racionalista, no puede extrañar el desconcierto contemporáneo en torno a la naturaleza y valor gnoseológico de la intuición.

De una manera general, la intuición significa el acto de un conocimiento inmediato. Consiste en una aprehensión cierta y directa del objeto, proporcionada a éste por la facultad puesta en juego para conocerlo. Así, en los límites inferiores del conocimiento, la intuición sensible y la intuición instintiva son los grados primeros, infraracionales, de una aprehensión oscura, cierta e inmediata que nos pone en relación con el mundo exterior o con nuestro propio yo y que nos es común con los animales, guardadas las debidas proporciones.

En un plano más elevado, que corresponde específicamente a la naturaleza humana, debemos considerar el ámbito propio de la razón, es decir, del conocimiento discursivo que opera con los conceptos abstractos. También aquí las deducciones e inducciones del raciocinio, no obstante su índole indirecta y mediata, suponen una aprehensión abstractiva de las esencias de las cosas, traducidas finalmente en los conceptos enunciabiles. Ahora bien, esa aprehensión abstractiva requiere una actividad immanente de nuestro espíritu, lo que la Escuela denomina entendimiento agente, una facultad de intuir, a través de los caracteres individuales y concretos de las cosas, su verdadera esencia o quiddidad, común a todos los individuos de una misma especie. La intuición racional se ejercita, así, mediante el *intellectus agens*.

Si el objeto formal y propio de la inteligencia es el ser y a éste hay que considerarlo por analogía, nuestro entendimiento se verá constreñido — y más en el estado presente de nuestra existencia — a conocer analógicamente todas aquellas verdades cuya inteligibilidad exceda la proporción de la naturaleza humana. Esta posibilidad se funda en la analogía del ser, en que el concepto mismo del ser es analógico. (Llamamos concepto análogo al que se aplica a varios objetos en sentido parte idéntico, parte diverso. El concepto de ser es análogo porque se aplica a los seres en sentido parte idéntico, parte di-

verso. No se aplica, v. gr., en idéntico sentido a la substancia y al accidente, a Dios y a las creaturas.) "El ser y la unidad, decía Aristóteles, no son géneros a los cuales se añaden diferencias específicas extrínsecas; en efecto, es absolutamente necesario que la diferencia sea y que sea una".

He aquí el misterio divino y el misterio cósmico de la analogía del ser: él nos descubre las zonas superiores del mundo espiritual y la posibilidad discursiva de conocer a Dios; pero al mismo tiempo nos certifica que respiramos una atmósfera densa bajo el cielo estratificado de una analogía jerárquica. Comprender nuestra limitación constituye el primer paso hacia una superación del concepto; comprender la subordinación jerárquica nos invita a considerar el orden ontológico y la posibilidad de una ascensión de la mente hacia más elevados cielos del conocimiento espiritual. Porque el orden supone la

congruencia de todos los grados, la armonía pitagórica de las esferas.

De dos maneras puede el entendimiento humano superar las limitaciones del concepto. La primera radica en las propias facultades naturales del alma; la segunda requiere una iluminación sobrenatural. Dentro del primer modo debemos considerar la intuición estética y la intuición de congruencia; dentro del segundo, la intuición mística y la intuición trascendente.

La inspiración artística constituye el primer grado de ese movimiento ascensional del espíritu. Expresión de un "habitus" poético, percibe la belleza trascendental de las cosas a través de las indefinidas posibilidades con que dicha belleza se manifiesta analógicamente. Ahora bien, esa percepción es intuitiva, no se traduce en conceptos; es inefable, no pue-

de ser explicada. El carácter objetivo de la belleza y la imposibilidad de traducirla al lenguaje demuestran el carácter concreto de su percepción. Hay un objeto conocido, pero ese conocimiento es de tal índole que los moldes de lo enunciable, es decir, la expresión conceptual es radicalmente incapaz de manifestarla adecuadamente. Las tentativas de expresión son directas, como es directa, a fuer de intuitiva, su percepción: por eso el artista muestra simplemente su obra, o a lo sumo, cuando pretende explicarla, trata de sugerir simbólicamente la idea ejemplar y factiva que presidió su ejecución. Y como esta idea, si no irradia en el artefacto no ha sido eficazmente realizada, toda explicación indirecta es impropia; en definitiva, todo consiste en ver. *Quis habet oculos videndi, videat.*

"Si queremos — decía el P. Rousselot — después de un largo tiempo de espiritualismo *nocional*, resucitar en nosotros la impresión de un intelectualismo joven, cesemos de representarnos el mundo inteligible como un conjunto de leyes, de axiomas, de principios. Los seres son anteriores a las leyes: el intelectualismo lo exige. Tratemos, como Santo Tomás y sus contemporáneos, de pensar la substancia espiritual — ángel o alma — con su exquisita grandeza y su pureza sutil. Ella está menos en el mundo material que el mundo material no lo está en ella: *contiens magis quam contenta*. Es más real porque tiene más ser, y por eso se llama substancia. Cuanto a las leyes y a los principios, son cosas esencialmente relativas al animal racional, son producto de nuestro modo ínfimo de concebir. Son enunciables, y la palabra misma *enunciables*, relativa a nuestros medios vocales, implica temporalización y espacialización de la captación intelectual. La idolatría de lo enunciable es, pues, el suicidio del intelectualismo, lejos de ser su término natural".

No hay que recurrir a un intuicionismo angélico para explicar una superación del concepto. Podemos admitir una intuición de congruencia respecto a una intelección sobrehumana. El orden jerárquico lo exige: para que el hombre pueda recibir una iluminación superior precisa ofrecer una facultad receptiva, un engarce de vinculación celeste que, sin confundirse con la inspiración misma que recibe, sea congruente con ella, le de un punto de apoyo, un plano de contacto. Es el *acumen mentis* que dice San Agustín; una facultad de percepción del misterio; una operación espiritual oculta que se expresa, también, con gemidos inenarrables. Por ella, y sin trascender el orden de la pura naturaleza, se asegura profundidad al pensamiento, se supera el mecanismo lógico, y el movimiento puramente racionalista queda relegado al nivel de las ideas claras y baratas.

"Cada esencia celeste, escribe S. Dionisio, comunica a la inferior la inteligencia recibida por ella de la superior". Por eso dice el mismo Dionisio que "la Divinidad ha establecido como ley inmutable que los seres inferiores se reduzcan a Dios por los superiores". En esta ley general encuadra también la noción de la gracia, en sus múltiples aspectos, porque Dios mismo,



MUJERES, POR HECTOR BASALDUA

Ser supremo, la envía a los hombres según sus altos designios.

He aquí la iluminación sobrenatural que completa y exalta el conocimiento humano. Ya sea mediante la cooperación del hombre — contemplación activa, — ya sin ninguna cooperación positiva concomitante — contemplación pasiva e infusa, — el hombre ingresa en la vía mística hasta lograr un conocimiento experimental del Ser Divino.

Este conocimiento intuitivo, porque inmediato, y que puede llegar a las bodas jubilosas de la unión transformante, se distingue fácilmente del error ontologista. Su índole, en efecto, es sobrenatural; supone, por consiguiente, el conocimiento discursivo analógico y no pretende una aprehensión de Dios directa por el juego normal de nuestras facultades naturales; no implica una ciencia natural de todas las cosas en Dios, porque es oscuro y debido a la gracia; finalmente, las mismas especies infusas no son un término *id quod*, ni siquiera *id in quo*, sino *id quo res ipsa videtur*, según la distinción de Farges. Así, la intuición mística es la suprema intuición a que puede llegar el hombre en el presente estado de la vida: todas las cosas, todas las facultades, el orden universal inclusive, cooperan hacia el bien de los que contemplan la Verdad. A ella se llega por un proceso de purificación progresivo, por una eliminación de todo carácter o potencia individual: purificación de los sentidos en su noche, purificación de la inteligencia en su noche, pruebas inauditas por las que pasa sucesivamente el espíritu hasta poder decir, con la misteriosa realidad de la expresión paulina, no soy yo, mas es Cristo quien vive en mí. Identificados con la Sabiduría que el Amor consume, esta unión con Cristo realiza el itinerario más perfecto del alma hacia Dios.

Por último, en la claridad inenarrable de la visión beatífica, la intuición trascendente constituye la esencia de la bienaventuranza.



La tragedia del hombre vacío, por Ballester Peña

## LABERYNTO

Cimbre en la urdimbre de sombras la escolta de mimbres  
—zándara lises libinda floridas vendimias—;  
rompa la aljaba hyacintos y fustas ulimias  
y alcen los juncos danaides y claros alimbres.

Vibre en el aire la pluma cristales de Idalia,  
salve la nympha laureles y atriles alisios,  
y en el desarme de lirios de los sacrificios  
cimbre el desarme de sedas que rompe la dalia.

Libre en la pyra del viento la pluma volante,  
pura en la rosa del aire la pluma pupila,  
alcen los coros de nuncios Amor en levante.

Coros y mimbres y rosas y fieles hyacintos  
para la fiesta de oro que cimbra y se afila  
en el revuelo de atriles de los laberyntos.

Ignacio B. Anzoátegui

Intuición	infrarracional	{	sensible	{	externa	}	
					interna		
	racional	{	aprehensión de las esencias por el entendimiento agente		{	externa	}
						interna	
suprarracional	{	natural	{	estética	}		
				congruente			
	{	sobrenatural	{	mística	}		
				trascendente			

César E. Pico

# LA VOZ DEL PADRE

*Damos la versión completa del primer mensaje radiotelefónico de S. S. Pío XI a los habitantes del mundo. El Pontífice advierte que hablará con ayuda del Sagrado Texto: Sacro Textu iuvante, quizá para que se cumplan de novísimo modo las Escrituras. El mensaje es un canto litúrgico de la pacificación del mundo cuya sublimidad no puede ser expresada, y su contraste con la miseria contemporánea (por uno de cuyos instrumentos dominado por el poder de la Iglesia, se difunde) hace pensar en una perspectiva de apocalipsis.*

Estando, por secreto designio de Dios en el lugar del príncipe de los Apóstoles, cuya doctrina y predicación ha sido destinada, por mandato divino, a todas las gentes y a toda criatura, y siendo el primero que puede valerse desde este lugar, del admirable invento marconiano, primeramente nos dirigimos a todas las cosas y a todos, y les decimos, desde aquí en adelante con ayuda del Texto Sagrado: Oíd cielos lo que hablo, oiga la tierra las palabras de mi boca. Oíd esto todas las gentes, escuchad todos los que habitan la tierra, a una juntamente el rico y el pobre. Oíd, islas, y atended pueblos de lejos.

Y sea nuestra primera palabra: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad. Gloria a Dios que dió en nuestros días, tal poder a los hombres, para que verdaderamente sus palabras alcancen los confines de la redondez de la tierra; y haya paz en la tierra, donde somos embajadores del divino Redentor Jesús que viniendo evangelizó paz, paz a aquellos que están lejos y paz a aquellos que están cerca, pacificando en la sangre de su cruz tanto lo que está en la tierra como lo que está en el cielo.

Y al dirigirnos a los hombres nos manda el Apóstol que hagamos bien a todos, pero mayormente a los domésticos de la fe. Mándanos pues que hablemos a éstos primero, a los que recibidos en la familia del Señor y en el aprisco del Señor, y viviendo en la Iglesia Católica, nos llaman con el dulce nombre de Padre, Pastores y fieles, ovejas y corderos, que nos confió para pacerlos y regirlos el Pastor y Rey de todos Cristo.

A vosotros, decimos, compañeros nuestros, Cardenales de la Santa Iglesia Romana, Patriarcas, Arzobispos, Obispos, Prelados y Sacerdotes en los diversos grados de la jerarquía, objeto principal de nuestros cuidados cotidianos, partícipes y auxiliares de nuestros trabajos: — Rogamos y suplicamos que cada uno en la vocación en que fué llamado, en ella permanezca, y que andéis como conviene a la vocación con que habéis sido llamados: apacentad la grey de Dios que está con vosotros, hechos dechados de la grey con toda sinceridad; para que cuando aparezca el Príncipe de los pastores recibáis corona de gloria que no se puede marchitar. Y mientras tanto el Dios de la paz, que por la

sangre del testamento eterno, resucitó de los muertos al grande Pastor de las ovejas, nuestro Señor Jesucristo, os haga idóneos en todo bien para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que sea agradable a sus ojos por Jesucristo.

Y ahora hablamos a vosotros hijos e hijas de nuestra predilección que aspirando a los mejores dones y cumpliendo no sólo los preceptos sino los deseos y consejos del divino Rey y Esposo, en la fidelidad de los Santísimos votos y en la religiosa disciplina de toda la vida, perfumáis con virgínea fragancia la Iglesia de Dios, la ilustráis con la contemplación, la sostenéis con la oración, la enriquecéis con la ciencia y la doctrina, la cultiváis y aumentáis de día en día con el ministerio de la palabra y las obras del apostolado. Partícipes, pues, de una vocación verdaderamente celestial y angélica, cuanto más precioso sea el tesoro que lleváis, más diligente el cuidado, no sólo para hacer cierta vuestra vocación y elección, sino también para que el corazón del Rey y Esposo encuentre en vosotros como siervos del todo fieles y devotos, algún consuelo y reparación por las infinitas ofensas y negligencias con las cuales pagan los hombres su amor inefable.

Pero ya se abre para vosotros nuestra boca, hijos e hijas amadísimos en Cristo que orando en las misiones trabajáis por propagar la santa fe de Cristo y dilatar su Reino. Como los primeros Apóstoles de las iglesias, así vosotros: en peligros, en mucha paciencia, en necesidades y tribulaciones hechos espectáculo; como ellos así vosotros "gloria de Cristo"; vosotros que en trabajos, a veces también en cadenas y en vuestra sangre, peleando hasta la muerte la buena y grande batalla de fe y fatigas, confesando la buena confesión, ganáis almas y sembráis semillas de futuros cristianos. Salud, fuertes soldados de Cristo! Pero también queremos saludar a los sacerdotes indígenas y a los buenos catequistas, frutos especiales, y ahora partícipes de vuestros trabajos.

Nuestro corazón se ha dilatado para vosotros cuantos sois fieles de nuestra ciudad episcopal y de todo el universo; especialmente para vosotros que siendo laicos trabajáis en el apostolado con Nos, con nuestros venerables hermanos los Obispos y con los sacerdotes, como trabajaban los primeros creyentes, hombres y mujeres, a quienes por ello elogia el Apóstol. Vosotros sois pueblo de Dios y ovejas de su prado, linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo de adquisición. Que vuestra modestia sea pues manifiesta a todos los hombres, que todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo santo, todo lo amable, todo lo que es de buena fama, si hay alguna virtud, si hay alguna alabanza de costumbres, esto pen-



sadly y hacedlo, para que en todas las cosas Dios sea honrado.

A vosotros también se dirige nuestro pensamiento y nuestra oración, los que aun estáis fuera de la fe y la unidad de Cristo. Por vosotros ofrecemos todos los días preces y hostias al Dios y Señor de todos, pidiendo ardientemente que su luz os ilumine, que os atraiga y reúna con las ovejas que conocen su voz, y haya un solo aprisco y un solo pastor.

Y como nos debemos a todos, decimos primeramente a los que gobiernan que gobiernen en justicia y caridad, para edificación y no para destrucción, recordando siempre que no hay potestad sino de Dios y que a Dios le rendirán cuenta en un juicio muy duro.

A los súbditos decimos que no les obedezcan como a hombres sino como a Dios, sabiendo que quien resiste a la potestad resiste a la ordenación de Dios, y los que le resisten, ellos mismos atraen a sí la condenación.

Hablamos también a los ricos y a los pobres. A los ricos para que se tengan por ministros de la divina Providencia, depositarios y administradores de sus bienes, a quienes el mismo Jesucristo les encomendó los pobres, y a quienes el divino Juez más exigirá porque más han recibido, y no olviden nunca la palabra divina: ay de vosotros ricos!

A los pobres exhortamos ardientemente que tengan ante sus ojos la pobreza de Jesucristo Señor y Salvador, y acordándose de sus ejemplos y promesas no descuiden la adquisición de las riquezas espirituales más fácil para ellos; y aun si se proponen mejorar su estado, como les es lícito, confiense a Dios con buena y recta intención y no extiendan a la iniquidad su mano.

A los obreros y a los empleadores rogamos empeñosamente que sin rivalidad hostil ni lucha, unidos en un acuerdo amistoso y fraternal, aportando éstos los materiales y la dirección, aquéllos el trabajo y la industria, pidiendo lo que es justo, dando lo que es justo, contribuyan juntamente al bien propio de cada uno y al común en la tranquilidad del orden.

Por último (último en el discurso pero primero en la intención y el afecto) va nuestra palabra a vosotros los que sufrís enfermedades y dolores, fatigas y tribulaciones, mayormente si padecéis tales cosas por obra de los enemigos de Dios y de la sociedad humana.

Mientras ofrecemos nuestras oraciones y en cuanto es posible nuestros auxilios, y os encomendamos a la caridad de todos, en nombre de Cristo, a quien representamos, os decimos: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré.

Sólo falta impartir a la Urbe y al Orbe, y a todos sus habitantes la bendición apostólica, lo que así hacemos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Traducción de "Número"

# CRITICA A LA CRITICA

Para ocuparse del número exorbitante de artistas existentes, hay muy pocos críticos. Y aun los primeros dicen a los últimos: "no se metan ustedes con el arte. El arte marcha solo". Evidentemente, tienen razón. Pero el público no marcha solo. Si consideramos diez críticos, descubriremos acaso diez buenas voluntades y probablemente más de diez opiniones más o menos inquebrantables y respetables.

Se podría dividir los críticos "vivientes" en algunos grupos cuya nómina no pretendemos agotar. a) Los académicos, que tienen a su favor todos los Baedekers, todas las tarjetas postales, todas las antologías, todos los microscopios y todo el buen sentido del mundo. Proceden con tacto, y desean para el arte nuevo un ideal vago que no es imitación ni creación sino una concesión: asunto de "faits

divers" o de intimidades sociales y burguesas en un molde renacentista. b) Los descubridores del impresionismo, que aplican su puño izquierdo contra el ojo derecho y miran por el agujerito del meñique: tergiversan el buen sentido y tienen menos tacto que los anteriores. Niegan prudentemente las posibilidades originales del arte nuevo, concibiéndolo tan solo como una prolongación libertina del impresionismo. c) Los voluntarios del tiempo actual. Empleamos esta perífrasis, en lugar de la palabra "modernos", para complacerlos en la medida de nuestras fuerzas. (Por otra parte, los vocablos como *panliristas*, *expresionistas*, *neoplásticos*, *sobrerrealistas* etc. etc., se descomponen tan rápidamente como el pescado seco y sin sal). Son más bien quisquillosos y sustentan grandes opiniones. d) Y por último los indeterminables, que miran las cosas con "l'esprit libre et le jugement fort" pero que se cotizan tan poco y tan mal que nos parece aventurado ocuparnos de ellos. La "Elite" progresista que flota

algunos metros encima de la superficie del globo y no toca tierra sino de tiempo en tiempo, con el dedo gordo del pié, y que absorbe en las revistas de última moda todo lo sutil e impalpable, y que admira en sí misma su facultad de admiración y de discernimiento — más que la obra sobre la que la ejercitan — los encuentra "vieux-jeu", elementalistas, vulgares y "tilingos".

Ocupémonos más bien de los voluntarios. Dicen siempre cosas más asombrosas que las obras que comentan. Podría pensarse que no es necesario decir cosas asombrosas sino expresar el asombro. Si por lo menos dispusieran de alguien que pescara en su literatura un pensamiento crítico y lo expresara claramente!: un crítico colaborador, un intermediario indispensable entre sus elucubraciones y el lector curioso. Los voluntarios son, por lo general, poetas que han encontrado un filón de agradable inspiración en la amistad espiritual de un joven que se ocupa de otro arte, que les enseña a ver rápidamente en sus obras cosas que se encuentran

## P O E M A X X X V I

Vuelvo mis ojos sobre mis ojos mansos;  
vuelvo mis ojos contra la noche oscura.

Tuvo cuidado mi soledad; tuvo cuidado mi pavor de soledad perfecta.

Después de toda la tierra rebosan las alba :  
después de todas las estrellas ha sido en mí la mano sobre mi noche oscura.

Pongó mis manos refloridas en la mano.

Darán los montes paz a mi vuelo, paz de misterio en su misterio.

Sean los montes de la paz los montes que huyen en la noche con pies de ciervo.  
Sean los montes de la paz la piel que vista a las criaturas.

Huye la muerte en cada muerte.  
A su alegría desnuda corren las desnudeces de las mañanas.

En una misma soledad corren los mundos.  
Ha de venir la voz entre mis voces desde la paz venida de los cielos.  
Ha de venir mi voz tras de las voces de la voz perfecta.

Hágase la belleza de la tierra y el cielo;  
y vengan a nos en la misma belleza las mañanas de todas las criaturas  
que están llenas de gracia.

Venga a nos la belleza entre todas las albas,  
el alba que no nos deja caer en nuestra noche.

Te doy el llanto de mi llanto  
puesto en amor que espera las cosas levantadas en albas.

Aquella voz, aquella estrella de tu llanto.

Jacobo Fijman

en estado preembrionario o que no existen, y a decir otras cosas que no ve, y que alienta con su admiración. El voluntario adquiere después su maestría en la construcción de argumentaciones ambigüas, reversibles y extensibles ante las obras que más se presten a ello. Ciencia, estudio y técnica son rechazados con la vehemencia y la convicción que las reemplaza con ventaja. Sensibilidad, inventiva e intelectualismo más que emoción, originalidad y esprit son aceptados a condición de estar confusamente expresados y de poder aplicarlos por rebote a la personalidad del autor. En su lengua existen cambios de niveles, de valores y de sentidos. Así el voluntario dirá sin pestañar: elementalismo por claridad y vice versa, caligrafía moral por precisión expresiva, intención por realización, frivolidad por fantasía, ostensibilidad por habilidad etc. Encuentra con facilidad en una obra pureza infantil. Ve fuerza clara, conciencia, optimismo construido con pedazos de dolor donde no hay sino ingenuidad, impotencia, ceguera y contentamiento vago. Supone un poeta, un músico, un pintor o un escultor donde no hay más que un intelectual que se ocupa de poesía, de música, de pintura o de escultura. Una técnica templada en el estudio consciente de sí mismo hasta en sus exteriorizaciones más sobrias y sus más deliberadas torpezas es tratada del mismo modo que la técnica pobre o la inhábil impotencia. De idéntica manera se va hacia el tema de apariencia fácil invocando mediante detalles apenas perceptibles (pero existentes) facetas donde se reflejen grandes extensiones y concepciones numerosas, en comparación con el espíritu simple, unilateral, singular y obtuso. Y cuantas veces se dice depuración por pasteurización! Depuración que no es más que una vuelta al equilibrio de sustancia y esencia, entre los factores que pertenecen exclusivamente a un arte determinado y los que pueden pertenecer a todas las artes. Pasteurización que es la eliminación completa de estos últimos, que vuelve la obra inasimilable y hace de ella un esquema sobre el cual la convicción terca puede desarrollar sus ejercicios de contricción.

El voluntario engorda todas esas impresiones influyendo sobre los productores y el público. Se le puede culpar en cierta medida de que muchas personas más o menos dotadas se levanten por la mañana con cierta inclinación hacia cierto arte, y que por la noche se encuentren ya consagradas por su primera obra, y que muchas gentes espirituales tomen posiciones arrogantes y estúpidas ante obras que las superan, o se arroben ante necedades. Se podría admitir que el voluntario busca tartamudeando el nuevo lenguaje que expresaría un nuevo estado del arte (estado que puede considerarse como oscilando entre ciertos límites desde hace algunos años), pero en ese caso no olvidemos que debería existir por lo menos alguna relación entre la expresión y la cosa a expresar, y que si el artista conmueve las ba-



ses de su arte, el crítico no debe conmover las bases de la razón. Porque su fin no puede ser sino explicativo y educativo, cualquiera que sea la dirección tomada por el arte nuevo. No se puede exigir al público que comparta de buenas a primeras una visión que solo contados elementos son capaces de adquirir. El público necesita absolutamente un puente entre la razón que él ya conoce y la que no conoce todavía, bajo pena de eternizarse en la vieja orilla. Por otra parte, del mismo modo que el arte, la crítica no puede abandonar el camino de la gran tradición. Y si para el primero esta tradición obliga a la renovación, exige a la segunda el análisis activo. Si se considera en qué consiste ese análisis, es preciso atribuirle la invariabilidad de su proceso y reconocer las dificultades extremas que debe vencer el que lo realiza, su potencia de adaptación y sus aptitudes excepcionales. En efecto luego del examen técnico de una obra — que supone ya una cierta preparación y hasta un recuerdo de práctica en el crítico — éste debe confrontar los valores descubiertos con las intenciones ostensibles del artista, sean estas de orden sentimental, intelectual o moral. Creemos que si mediante esos estudios bien expuestos puede el crítico hacer sentir en resumen el proceso de creación y el desarrollo de los medios de expresión (que constituyen en sí mismo motivos de intensa felicidad para el que los emplea) multiplica el gozo del espectador y lo eleva al dominio de la conciencia. Viene enseguida lo que podría llamarse síntesis de la crítica y que consistiría en la expresión del proceso correlativo que provoca la comprensión de la obra en el espíritu del crítico. La clasifi-

cación de una obra y su situación respecto a sus predecesoras y contemporáneas se ha vuelto actualmente casi imposible. Cada tendencia artística está prácticamente agotada por el que la inició: los sucesores pierden un factor enorme siguiendo la traza: el factor de la sorpresa que puede decirse se ha convertido en uno de los principales en la actualidad, de tal suerte que más de un crítico se sentiría satisfecho por el hecho de haber descubierto la influencia más inmediata en la obra comentada, — lo que hace depender su valor de la fecha de nacimiento — y que algún espectador se precie de "connaissanceur" cuando no es más de un detective. Algunos creen que el crítico debe ser amigo del artista. Las enormidades más distantes del verdadero valor de una obra han sido casi siempre dichas por el amigo íntimo del autor. Generalmente éste mezcla consideraciones sobre el trabajo del artista con sus intenciones, sus virtudes domésticas, amistosas o espirituales. Estas cosas son tolerables en las monografías, e indispensables en las vidas dolorosas, gris perla, aventureras de fulano o zutano (Colección "Nouvelle Revue Française").

Si en la crítica la fuerza está en la objetividad, en el arte radica en lo subjetivo; lo que invalidaría la crítica ejercitada por los artistas. Sin embargo se ve que cada vez que un artista habla de su arte abre una ventana sobre un panorama reducido pero sorprendente. Toca al crítico buscar en él lo esencial y encajarlo dentro de su sistema estético.

El voluntario nos ha recordado ya demasiadas veces que el arte ha cambiado de aspecto después de la aparición de la máquina, del cemento, del claxon, del aviso luminoso y del abreviatio. Tiempo es ya de olvidarlo y de tomar de aquellos que no han hecho más que inspirarse en esos motivos, las realizaciones fuertes y eternas y de incluirlas en la tradición (que es por otra parte lo que se hace actualmente). Repitamos una vez más que la tradición no es la imitación de lo viejo sino, ante todo su renovación, y enseguida su evolución en la técnica: la composición, el ritmo, etc. y no su destrucción. Aunque a primera vista el voluntario y el no iniciado lo nieguen, es un hecho que la técnica artística no ha sido jamás tan complicada como ahora. La causa está precisamente en esa renovación demasiado rápida que roza los límites de una locura inventiva. En otros tiempos el hombre que daba su nombre al siglo en que actuaba era aquel que resumía en su personalidad todas las experiencias ascendentes de sus predecesores y que aparecía cuando esas experiencias estaban colmadas. Actualmente el genio recopilador no es imaginable: el artista de primera fila es aquel a quien después de dos o tres años ya no se le reconoce. Es un genio mosaico. El y sus contemporáneos hacen la crítica imposible a los académicos y voluntarios y muy difícil a los espíritus libres y jueces fuertes.

Víctor Delhez

## número

REVISTA MENSUAL - 25 DE MAYO 11

REDACTORES: Emiliano Aguirre, Nímio de Anquín, Dimas Antuña, Juan Antonio, J. A. Ballester Peña, Héctor Basaldúa, Francisco Luis Bernárdez, Rómulo D. Carbia, Víctor Delhez, Francisco Durá, Miguel Angel Etcheverrigaray, Jacobo Fijman, Rafael Jijena Sánchez, Carlos Mendióroz, Emiliano Mac Donagh, Rodolfo Martínez Espinosa, Ernesto Palacio, Alberto Prebisch, César E. Pico, Mario Pinto, Carlos A. Sáenz.

SECRETARIOS: Ignacio B. Anzoátegui, Osvaldo Horacio Dondo y Mario Mendióroz.

Número suelto: veinte centavos  
Suscripción anual: dos pesos

### COLECCIONES

La colección de "número" correspondiente al año 1930 se vende encuadernada al precio de quince pesos. Pedidos a la administración:

25 DE MAYO N.º 11

### SUSCRIPCIONES

Las personas cuyas suscripciones a "número" hayan vencido, deben renovarlas enseguida si desean seguir recibiendo la revista. Suscripción:

2 PESOS ANUALES